

Maestro

Marcelo Mendoza

A Juan Blanco de Sedas

Cuando la muerte ronda muy cerca, me resulta inconcebible.

Cuántas veces hablamos con Juan de la muerte –griega, por cierto– y llegamos a reírnos de ella, pero con una risa desprovista y resignada, aunque las formas hicieran creer otra cosa, porque todos los que nos encontrábamos los lunes a las tres en su piso en el fondo creíamos ser unos perfectos conscientes de nuestra brevedad.

En medio de la clase Juan siempre en un momento se erguía de su sillón humoso de tabaco negro marca Habanos en dirección al retrete y nosotros aprovechábamos esa fuga para esconder bajo un jarrón esquinero los billetes de pago en gratitud a vivir el privilegio de su acogida. No había otra forma de hacerlo. A pesar de que necesitaba de pesetas tal como cualquiera de nosotros para pagar el costo de su vida, era inimaginable con él algo que oliera a una transacción.

Aunque desde el día que lo conocí eso siempre lo supe, una primera vez pude darme cuenta patentemente de aquello: en algún lapso mi condición precaria de inmigrante en Madrid me dejó sin alternativa de depositar ese mundano papel e invité a almorzar a Juan para contarle que mi precariedad me impediría seguir asistiendo a ese gozo de los lunes a las tres. Comencé a contarle que no estaba óptima la coyuntura para mí, que a lo mejor tendría que volverme a Chile por mis devaneos económicos, pero él me detuvo en seco y me trató de capullo o gilipollas –no recuerdo bien–, dándome a entender que yo, pésimo aprendiz, no había entendido nada de nada, a pesar de todas mis rigurosas asistencias a sus clases, obligándome a presentarme el próximo lunes como uno más del grupo. Lo hizo con su ternura proverbial, lanzando humo de un pitillo negro sacado de uno de sus tantos paquetes de la marca Habanos.

Me defendí: argumenté que él vivía exclusivamente de esas citas y que si otros como yo no retribuían el placer proporcionado al menos con un misérrimo estipendio esto se volvería en nuestra contra pues el proveedor de ese goce no tendría el mínimo para vivir y, por tanto, en esa condición quedábamos imposibilitados de las citas de los lunes. Creo que Juan se molestó, aunque su paz aparentara otra cosa, y contrargumentó con mucha más sabiduría: si no puedo vivir así no merece la vida ser vivida, dijo como quien dice leche, sin solemnidad, lanzando una carcajada confundida en tos. Callé. No pude decir palabra. Tal vez debí hacerlo. Debí decirle que su respuesta me hacía amarlo. Nunca tuve un Maestro y ahí comprendí que Juan era el que me estaba esperando. Terminó la comida, y tampoco pude ejercer el pago de la invitación; me persuadió de que esa vez él merecía el gusto de pagar la cuenta (la segunda vez el gusto sería mío, fue su razón) y me fui emocionado con la certeza de que no retornaría a mi país en el corto plazo, pese a las magras circunstancias, pues había hallado a mi Maestro en pleno barrio Prosperidad madrileño –que siempre también fue mi propio barrio– y no en alguna de las calles de Santiago de Chile.

Le conté a mi mujer que nuestra partida ya no era inminente. Que todo estaba solucionado. ¿Por qué?, inquirió incrédula. Porque volveré el próximo lunes adonde Juan, respondí.

Nunca conté a nadie esto. No sé si merece contarse. Pero recibí hoy, hace unas horas, por correo electrónico la noticia de la muerte del Maestro y, anonadado por el magro informe, es lo primero que se me ocurre escribir en un lapso en que hago un esfuerzo grandioso por hacerlo porque en todas estas primeras horas de incertidumbre lo único que he hecho es callar. Tal como en aquella comida. La infeliz noticia fue

virtual, ágrafa, intocable, como Juan, lo más lejana a un billete pesetero que ahora – prodigio de la globalización– se llama euro.

La última comida con el Maestro, ahora sí días antes de mi retorno definitivo, no sé quién la pagó. Mis condiciones materiales eran mucho más óptimas, pero es muy probable que me haya propiciado una nueva jugarreta. Me tenía un regalo: una biografía reciente de *Alcibíades*, texto de comentario profuso en alguno de los lunes y del que yo –y Paco Solano y Ángel y María– siempre manifesté vivo interés. Le pedí una dedicatoria. Imposible, dijo, sabes muy bien que soy ágrafo. Pero inmediatamente agregó: haré la excepción, pero no le cuentes a nadie, e irrumpió su enorme risa carrasposa en medio del humo negro. Yo le entregué un cassette inédito de Violeta Parra, diosa para él, ubicada en un Olimpo que compartía con otra cantante andaluza de cuyo nombre nunca pude recordarme.

Hace dos años volví a Madrid. Sin confesarlo, motivo primordial era visitar al Maestro. Aparecí por su piso en secreto –con la complicidad de Ángel, el único que lo sabía– un mismo lunes, pero la hora de las tres se había trocado por las diez. Juan me abrió la puerta, con su contextura agachada, seguro de encontrar a un visitante errático de dirección porque no se esperaba a nadie pues los comensales ya estaban todos en su sitio. Pero no hubo tal: era el emigrante que cuatro años después retornaba en busca de su silla. No había humo negro en el salón. Sólo se expelía el humo de esos cigarrillos extraños de marca inmemorable que seguía consumiendo Paco y que nunca pude reconocer en otro lugar que no sea aquel. Yo, el más prosaico y vulgar de todos, contribuí con emanaciones de mis Fortuna recobrados, adicción que asumí luego de percatarme, tras mi primera llegada a Madrid, que esa marca y no mi tempranera apetencia por los Ducados, insinuaba mucho mejores augurios.

Terminó la sesión en una comida en un boliche cercano y habitual. Juan lucía perfectamente aspectado. Como si nada, de un día para otro dejó de fumar y su apetito no menguaba como antes. Comió tanto o mejor que nosotros, como se hace en Madrid y como lo hizo Aristóteles. Me contó que, “esto es muy curioso”, tras eliminar su ración de dos o cuatro paquetes de Habanos diarios, jamás hasta entonces había sentido añoranza por su característico manjar de raza negra.

Volví a cruzar el charco.

Con la preclara agrafía, hasta ahora siempre estuvimos en contacto. Por mi parte, le envié con religión la revista trimestral que yo edito (que tuvo un número dedicado a la oralidad en oculto homenaje al Maestro) y alguna cosilla de mi factura o de un tercero. Él, bajo mediación fáctica y tangible de un otro (que por lo general ha sido un ínclito de nombre Roberto), me ha hecho llegar no sólo su ternura sino también una convocatoria a un seminario realizado en Sevilla el año pasado. Con esa consabida interferencia, solicité –ahora fui yo el que jocoso pedí– una beca para ejercer la asistencia. Se me respondió que los escasos recursos sólo alcanzaban para la mitad de ella (viaje Madrid–Sevilla) y que yo, con el subsidio del Estado chileno, debía hacerme de la otra mitad (viaje Santiago–Madrid). Comunicué de modo fatal que los espúreos organismos becarios de mi país estimaron que no era de interés alguno que algún vernáculo participara en una eventualidad como aquella. Y que incluso estimaban que asistir podía ser altamente perjudicial; para mí, para ellos y para la nación entera. Juan llegó a leer todo este intercambio hilarante de peticiones y contrapeticiones y sé que me contestó con una descarga de sus risotadas roncadas y carrasposas.

El ínclito Roberto estuvo en mi casa de Santiago de Chile ahora, hace sólo un mes. Traía un mensaje oral: Juan dice que vuelvas, que te espera en tu silla del lunes. Y ese aparente extravío nunca me pareció un despropósito. Qué tristeza me da no haberle podido decir en su cara que sí, mi muy querido mentor, que estaba en mis planes volver a ocupar el sillón con suerte en un año más.

Perdóname, Maestro, mi condición de burro aprendiz, pero no concibo que no se me permita expresártelo. Menos puedo entender que aquello ya no será siquiera ágrafamente posible. La mierda de año que ha sido este 2002 vuelve a golpearme, muy carajo, por la espalda. Que alguien me explique qué cosa es esto de que un correo electrocutario expelido apenas unas horas atrás tenga la atribución de imponerme para siempre tu ausencia.

Santiago de Chile, viernes 4 de octubre de 2002